

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. AUTÓNOMA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXIX

—¿No canta usted este invierno, Ariadna?— le preguntó la princesa durante el almuerzo, al día siguiente.

—Cuando menos, en el teatro no, princesa. Pienso dar un concierto—respondió Ariadna.

—Estamos muy lejos de la temporada de los conciertos—le interrumpió la señora Orline.—¿Puesto que nada la retiene en San Petersburgo, quiere acompañarnos en un viaje que vamos á hacer al extranjero?

Olga abrió desmesuradamente los ojos, mirando á su madre con más sorpresa que júbilo.

—Era una sorpresa que te preparaba, hija mía— agregó la señora Orline; — hace bastante tiempo que me persigue la idea de hacer este viaje. He calculado que la estación de las lluvias es aquí muy mala y el mes de octubre muy hermoso en Francia; podemos pasar seis semanas allí y volver para la época del trinado.

—¡Seis semanas, mamá!—exclamó Olga.

—¡Y bien! ¿no estás contenta?

—¡Oh! sí, muchas gracias—respondió la joven disimulando á la vez que corría á abrazar á su madre.

Una hora después una criada depositaba en el correo una cartita concebida en estos términos:

«Mi querido Constantino: Mamá quiere partir para el extranjero; pide licencia al ministro y ven á anunciarnos que tu salud exige que viajes; es indispensable que vengas con nosotras. Está fuera de duda que durante este viaje hallaremos ocasión de hablar de nuestros proyectos.»

El mensaje llegó á su destino muy á tiempo, y al día siguiente por la noche, al presentarse Ladof para pasar la velada, notició á la princesa sus proyectos de viaje.

—¡Ah!—exclamó la princesa con asombro,—nosotras también nos vamos...

—¿Me permiten ustedes que las acompañe cuando menos tanto tiempo como mi presencia no sea inoportuna?

La princesa frunció las cejas y miró á Ariadna; ésta, con las mejillas cubiertas de rubor, fijó en Constantino los ojos con emoción y sorpresa. La señora Orline sonrió, se había convencido de que aquello tenía un fin laudable, y además el aspecto de Ariadna era de un asombro muy natural.

—¿Quién le ha avisado á usted de nuestro viaje?—preguntó la princesa de repente.

Constantino se desconcertó, pero era preciso responder y repuso:

—Los criados de usted; vine ayer tarde, usted no estaba, y supe que partía...

La princesa, completamente tranquila, no vió en esto más que una prueba de amor que Ladof daba á Ariadna.

—¡Pues bien, sea!—repuso,—mientras que su presencia no sea inoportuna, estas señoritas se alegrarán mucho de tener alguien á quien hacer correr con sus caprichos. Pero usted se marchará primero, mi querido Constantino. No quiero que las malas lenguas hagan correr por San Petersburgo que yo me lo llevo.

—¡Oh! princesa—repuso Ladof, feliz y confuso.

—¡Sí, ya ve usted! Yo aún no soy bastante vieja para permitirme viajar con un joven.

La princesa, sonriendo, se puso en pie; su elevada estatura, su elegante talle y su belleza, estaban aún en el estío de la vida. Olga se guardó mucho de cambiar ni una mirada, ni una palabra con Ladof; éste, no sabiendo qué hacerse, se acercó á Ariadna:

—¿Y usted, señorita, me permite que la moleste con mi compañía?—dijo alegremente.

—Sí—repuso Ariadna sin levantar los ojos.

El paraíso se abría ante ella.

Ocho días después, las tres damas, al apearse en la estación de Berlín, se encontraron á Constantino, feliz y avergonzado; ya les tenía preparado el carruaje y el hotel y todo lo que pudieran necesitar.

—¡Pero esto es encantador!—dijo burlonamente la princesa;—usted hace las cosas mejor que un emisario; no hay necesidad de reñirle para que comprenda lo que se quiere! Le agregó á usted á mi persona.

—Es demasiada felicidad—murmuró Constantino esforzándose en abrirla paso.

Había recibido de Olga la sonrisa más deliciosa; la vida para él tomaba un tinte sonrosado.

Al cabo de ocho días, eran ya muy pocas las ilusiones que quedaban á Ariadna; se fueron una á una como las hojas que el viento arranca de los árboles. Había querido defenderse contra la invasora convicción de su nulidad á los ojos de Constantino; había luchado contra la evidencia con energía; pero después vino la reacción con su cortejo de tristezas y amarguras.

—Es á ella á quien ama—se decía á cada instante.

Y por lo tanto, si Ladof se acercaba á ella para cogerla el chal ó el maletín, creía ver en estas atenciones una señal de afectación... De afectación, sí, esto es lo que el joven tenía para ella; pues la reserva que aparentaba con Olga era más elocuente que aquellas demostraciones de cortesía banal.

La princesa, en vez de detenerse en las capitales y de llegar por los caminos ordinarios al término de su viaje, concibió una idea fantástica: la de llegar á París por el litoral. Había ido de Bruselas á Ostende; allí le agradó el aire del mar. Aquellos días de octubre al borde del Océano, tenían una dulzura sin igual; aún grises y velados, excepto en los momentos que soplabla la brisa, son menos días de otoño que en el interior y sobre todo en las ciudades.

Allí los acantilados ó las dunas se despojan más despacio de su verdura; si los árboles se desnudan antes de sus hojas por el soplo del equinoccio, el musgo, pequeño y abundante, guarda su frescura; las rocas son las mismas en todo tiempo y el mar es tan sonriente bajo el sol de enero como en el de julio.

La princesa se dió el placer de viajar en pequeñas jornadas desde la embocadura del Somme á la del Sena. Todos aquellos puertos, casi desiertos, entonces frecuentados únicamente por los habitantes del contorno y algunos amantes de la brisa salina, recibieron la visita de la gran señora.

Olga se divertía prodigiosamente; dormir en hoteles distintos; comer en esas mesas de provincias donde los solteros acomodados de la población van á cenar y á hablar de las cosas del pueblo; todo esto tenía para ella el atractivo de la novedad. Creía estar leyendo una novela y su gozo no tenía límites.

Ladof, por el contrario, se hallaba muy á disgusto. Presentía que la mal entendida benevolencia con que se toleraba su compañía, no debía tardar en ponerse en claro, y la idea de lo que entonces pudiese suceder le ponía la carne de gallina.

Constantino era de aquellos que son valientes ante la boca de un cañón y pusilánimes ante la cólera de una mujer. Temía ser despedido de mal modo por la cólera de la princesa y perder toda probabilidad de obtener la mano de Olga; pero temía más aun: y era que Ariadna pudiese un día decirle:

—¿Por qué ha jugado usted conmigo?

Lo que Olga no veía, por ser una joven un poco egoísta y frívola, presentíalo Ladof en lo más hondo de su ser; esto era lo que debía sucederle, y no lo ignoraba; su amor era de esos que á todos los deberes unen todas las cargas, y el otro todos los privilegios, todas las dulzuras; pues, al contrario de lo que comúnmente sucede, era Olga la que siempre debía dominar á su esposo, y ser siempre la ado-

rada; á pesar de sus defectos, no porque el marido los ignorase, y sí porque se la amaría tal como era, con sus defectos.

Hay seres que tienen necesidad de sacrificarse. Ladof era uno de ellos.

Adivinaba perfectamente que estaba jugando con Ariadna; su conciencia le reprochaba tanta atención, tanta palabra afectuosa como dirigió á la joven en presencia de la princesa. Al proceder así, obedecía á una orden dada por Olga.

—¿Pero, y si Ariadna lo notase?—se preguntó un día tratando de resistir al adorado dominio que le quitaba todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que ha de notar? ¿Que tú le haces la corte? ¡Terrible desgracia! Una persona tan prudente, una joven tan seria, va á cuidarse de un bobo como tú. ¡No hay en el mundo otra tan bestia como yo para amarte!

Así, burlonamente, con acompañamiento de golpecitos y sonrisas encantadoras, Constantino había ahogado la voz de su conciencia. Pero al ver á Ariadna cada día más pálida, más abatida, menos terrenal, por decirlo así, renacieron sus remordimientos.

Ariadna parecía huírle, lejos de querer ninguna proximidad, sin afectación, se mantenía separada: era la princesa quien la llamaba para que se uniese á su grupo. La princesa no estaba contenta; el matrimonio que con su bondad se dignó favorecer, en lugar de aproximarse, parecía retroceder, y la señora Orline se preguntaba algunas veces lo que aquello podría significar. El cambio visible que se operaba en Ariadna, había llamado la atención á sus

miradas vigilantes: hubiese querido que se le explicase todo aquello; pero la posición de la huérfana en su casa la hacía muy difícil y la aplazaba de un día para otro.

## XXX

Una tarde, al llegar á Fécamp, los viajeros vieron anunciado un concierto de aficionados á beneficio de los pobres.

—Ariadna—exclamó Olga,—; tú debías cantar en beneficio de esos desgraciados! Hace tiempo que no te hemos oído, y creo que los naturales de este país nunca han podido imaginarse una voz semejante á la tuya.

—Sería una buena acción, señorita Ariadna—añadió Ladof,—; y creo que usted gustaría á todo el mundo!

Ariadna se calló; la princesa, creyendo que esperaba su opinión, la dijo:

—Si le agrada á usted, hija mía, no me opongo á ello.

Ariadna quiso hablar, pero un torrente de llanto le subió á la garganta. Con ademan rápido y violento, enjugó las lágrimas que le cegaban, esforzándose para aparecer tranquila y dijo con voz entrecortada:

—No puedo cantar más.

—¿Cómo?—dijeron todos á la vez.

—Hace quince días que he perdido la voz.

—¡Que has perdido la voz!—exclamó Olga.—¡Y no has dicho nada á nadie!

—¿Para qué?—dijo Ariadna con entonación de abatimiento.—No hubiese servido para nada. Cuando no se tiene nada bueno que decir, lo mejor es callar.

Reinó silencio, cada cual tenía el corazón lleno de pensamientos tristes.

—¿Usted sufre? hija mía—dijo con dulzura la princesa profundamente emocionada al ver el descolorido semblante de la joven artista.

—Un poco, no será nada; muchas gracias, señora.

Ariadna hizo un esfuerzo y sonrió á la princesa, quien le había puesto una mano sobre su cabeza. Aquella sonrisa era tan dolorosa, tan amarga, que la señora Orline depositó un beso maternal sobre la frente de la huérfana.

Mañana iremos á Etretat, puesto que te lo he prometido—dijo á su hija con entonación seria,—pero volveremos directamente á París. Basta ya de peregrinaciones; hemos cansado tanto á la señorita Ranine, que no le quedaban alientos.

La princesa había hablado con tanta severidad, que su hija se sintió castigada. Olga salió sin haber tratado de conversar con Ladof. Este, por su parte, sentía pesar sobre él una montaña.

Las dos jóvenes compartían la misma habitación. Aquella noche Olga se fijó en su compañera, sorprendiéndose al ver la languidez y la fatiga que se revelaban en sus movimientos.

—¿Qué tienes? — le preguntó con inquietud, al verla con los ojos entornados, la respiración fatigosa y las manos ardientes.

—Nada—repuso Ariadna sonriéndose.

Aquella sonrisa que desde hacía algún tiempo aparecía en su semblante, era de una expresión de dolor reprimido que la hacía más hermosa, más interesante que nunca.

—Algo te ha de pasar para enflaquecer tanto como tú has...

—Me curaré con el tiempo—repuso Ariadna.

Al cabo de un instante, añadió:

—Si no me curase, no te olvides de mi viejo profesor; el precio de sus lecciones está en San Petersburgo, guardado en la cartera.

—¡Pero, Ariadna!—exclamó Olga con espanto.—¿Vas á morirte?

—Creo que no—repuso la cantante, enderezándose con alguna energía;—me parece que estoy ahora más tranquila. ¡Buenas noches!

Se dejó caer sobre la almohada, durmiéndose en seguida.

Pronto su respiración se hizo más regular, sus manos se refrescaron, y Olga, inclinándose sobre ella, la vió recuperar la expresión habitual de su hermoso semblante de mármol, adormecido bajo sus ojos.

—Está triste—se dijo,—antes parecía más feliz. Tal vez está afligida por no tener nadie que la ame, mientras que yo... No sé por qué he de tener secretos para ella... hubiésemos hecho bien en decírselo todo... Tal vez esta falta de confianza la habrá causado pesar... ¡habrá pensado que ya no la quería! Mañana sin falta se lo diré.

Acariciando esta buena idea, Olga se durmió.

## XXXI

El siguiente día fué claro y magnífico; se hubiese dicho que el canal de la Mancha se había puesto de gala para los extranjeros que le hacían su última visita.

La calesa que llevaba á la princesa y á su reducida familia, rodaba con rapidez por el camino de Etretat; pero los que iban en ella no prestaban grande atención al hermoso paisaje que recorrían. Cada cual estaba preocupado con sus meditaciones, más negras que rosadas, y el viaje se hizo en silencio.

La princesa empezó á preguntarse si desde hacía algunos meses no se burlaban de ella, y estas sospechas no recaían sobre Ariadna ni Ladof, sino sobre su propia hija.

La conducta de esta en el instituto acudió á su memoria. Se decía que el carácter de Olga la arrastraba inevitablemente hacia todo lo que fuese arriesgado; nada era más fácil que un complot fraguado en secreto para hacerle aceptar á Ladof por yerno.

¿Pero, á qué tantos rodeos? La princesa había amado á su marido, no porque fuese príncipe, y sí porque á sus ojos era el único digno de ser amado por ella. Sin mucha resistencia, hubiese consentido el matrimonio de su hija con cualquier persona de la buena sociedad, siempre que sus cualidades morales le hiciesen digno de estimación y las apariencias exteriores justificasen un matrimonio que las personas ávidas de murmuración calificarían de desventajoso. Constantino Ladof poseía todas estas condiciones, ¿qué era, pues, lo que podía impedir á Olga decirle á su madre que le quería por esposo?

La princesa miró á Olga sentada á su lado, preguntándose qué pesar causaba estragos en su hermoso semblante.

¿Si amaba á Ladof, qué esperaba para decírselo á ella?...

El resultado de estas reflexiones, fué que todo aquello debía concluir aquel mismo día.

Los viajeros bajaron el camino que conduce al pueblecito de Etretat. Aquella rampa suave, bordeada de magníficas casas, entonces desiertas, con las tardías flores de los grandes jardines construídos en pendiente, conducía hasta el fondo del valle. El almuerzo estaba encargado de antemano; se sentaron en torno de la mesa; pero nadie le hizo honor. Cuando se retiraron los postres, la princesa arrojó la servilleta con un ademán de impaciencia. Olga se estremeció; había aprendido á conocer bastante á su madre para no adivinar que una tempestad terrible le amenazaba.

—Id á ver el acantilado, puesto que dicen que es

curioso—dijo la princesa, y en voz más baja añadió dirigiéndose á Ariadna:

—Concluya usted con el señor Ladof; esta situación es intolerable.

Los dos culpables salieron con la cabeza baja. Un momento después, la princesa les vió partir y dar la vuelta hacia la derecha, á fin de dar una ojeada al acantilado opuesto antes de ir á examinarle detalladamente.

Al ver á su hija, no pudo contener una sonrisa de madre feliz.

Olga iba delante, con paso largo. Sus largas trenzas, que durante el viaje apenas se tomaba el cuidado de peinar, caían hasta más abajo de su cintura. Su paso firme, su porte ágil, formaban extraño contraste con la languidez de Ariadna.

A pesar de los pocos meses que tenía más que ella, parecía un pájaro feliz y selvático, mientras que Ariadna llevaba impreso en el semblante y en todo su ser el sello que implacablemente se grava sobre los seres que sufren sin esperanza de hallar consuelo.

—Al fin—pensó la princesa regresando al hotel;—cuando vuelvan, todo se habrá puesto en claro.

Obedeciendo á una señal de Olga, Constantino había ofrecido su brazo á Ariadna, quien lo aceptó con toda la reserva que ahora empleaba en sus relaciones; le había aceptado para evitar una explicación á la vista de la princesa, explicación que sería dolorosa é inútil, y que su negativa no hubiese podido menos que provocar; pero tan pronto como estuvieron fuera de la vista de la señora, retiró el

brazo, diciendo que le gustaba más caminar sola.

Un guía vino á ofrecerse; se le rechazó, los jóvenes querían conversar con libertad; además se habían asegurado de que por aquella parte el acantilado no ofrecía ningún peligro.

Subieron en silencio, y una vez en el punto más alto, libres de miradas y oídos, sin preocuparse del paisaje, Olga volvió la espalda al mar y cogiendo una mano de Ariadna, le dijo:

—Querida amiga, soy una culpable; he faltado á la confianza que me mereces, y más que á nadie en el mundo debía depositar en ti mis confidencias. Sin embargo, tú me perdonarás, pues antes de que lo sepa mi madre, te quiero decir que Constantino y yo somos novios.

Ariadna fijó los ojos en su amiga; un ligero estremecimiento recorrió todo su ser, però no dió otra señal de emoción.

—¿Desde hace mucho tiempo?—dijo con esfuerzo.

—Desde el mes de agosto último.

La joven artista miró á Ladof, que contemplaba el mar con atención, pero sin verle.

—Os deseo mucha felicidad—dijo con dulzura.

Sus labios estaban blancos, sus mejillas lívidas. Buscó un apoyo con los ojos, y al ver una piedra á pocos pasos fué á sentarse sobre ella.

—Estoy muy cansada—dijo,—os pido perdón por acoger con frialdad una noticia que... Estad seguros los dos, que en el fondo de mi alma os deseo la mayor felicidad.

Tendió una mano á cada uno. Olga saltó impetuosamente al cuello de su amiga, cubriéndola de ca-

ricias. Ladof cogió con timidez la mano que le ofrecían y la estrechó; Ariadna se la elevó hasta los labios del joven.

—Es la Mellini quien le felicita—dijo con una débil sonrisa.—Olga no tendrá celos.

—¿Celosa yo? ¡Celosa de ti!—exclamó Olga.—Nunca semejante idea me ha pasado por la cabeza. ¡Vamos! ¿Estás contenta?

—Muy contenta—respondió Ariadna.

El sol brillaba sobre el mar, el césped era verde y espeso, un viento ligero soplando del norte agitaba con alegre ruido las deshechas florecillas; los enamorados se sentaron sobre el suelo; estaban casi en el borde del acantilado de la parte norte; la alta y tortuosa muralla que continúa hasta Dieppe, se destacaba bajo el azul del cielo; todo era paz y gozo.

—Soy muy feliz—repetía Olga.

Su prometido le tenía una mano aprisionada, y verdaderamente el semblante de la joven expresaba la felicidad más completa; gozaba por entero de la vida.

Ariadna se levantó, dando dos pasos hacia el mar.

—No te acerques tanto al borde—le gritó Olga,—me das miedo. ¿Es muy alto?

—¡Muy alto!—respondió Ariadna con tranquilidad.

—¿Ves el mar?

—Sí.

—¿Y el fondo?

—El fondo es una losa plana y brillante, completamente blanca; la ola viene con regularidad á

quebrarse contra el acantilado, hasta debajo de nosotros.

—¿No hay guijarros?

—Ni uno.

—¡Eso debe ser hermoso! Voy á verlo—dijo Olga tratando de levantarse.

—Te suplico que no vayas—dijo Ladof.—¡Si llegases á caerte!

Ariadna se volvió, era la primera vez que les oía tutearse. Les miró con asombro; después, pensando que todo aquello era muy natural, volvió á mirar la sima.

Señorita Ariadna—dijo Ladof,—me da usted miedo; ¡venga aquí, se lo suplico!

La joven miró á Constantino de una manera que recordó toda su vida.

—¿Qué le importa á usted?—decían los ojos de Ariadna, pero sin cólera.—¡Yo no soy nada para usted; no es á mi á la que ama!

Sin embargo, retrocedió algunos pasos.

—Escucha, Ariadna—dijo Olga,—estamos en una situación muy difícil; á mamá se le ha metido en la cabeza no sé qué cosa,—el rubor que invadía su semblante anunciaba que su conciencia la hacía algunos reproches.—Cree que Constantino se ocupaba de ti. Quisiera haberos visto casados.

Ladof no pudo reprimirse, soltando la mano de Olga se dirigió á Ariadna diciéndole:

—He procedido muy mal con usted, señorita; estoy por ello muy pesaroso. ¿Quiere usted decir que me perdona? De no ser así, no me atrevería...

—Yo le perdono—dijo Ariadna.

Su mirada, llena de piadosa misericordia, cayó sobre el joven como un rayo del cielo; todo el amor que había sentido se fundió en una expresión suprema de ternura y de perdón.

—Esto no es bastante—añadió Olga;—mi madre no aceptará nunca este matrimonio, después de haber creído que la novia eras tú. Es preciso que nos prestes un servicio. Ariadna, dile tú que nosotros nos amamos y suplicala que consienta... no te lo negará, ¡ya sabes la confianza que tiene en ti y cuanto te ama! ¿Quieres hacernos este favor?

—¿Decir á la princesa que vosotros os amáis?—repuso Ariadna con lentitud.—¿Por qué he de ser yo y no tú?

—Porque pensaba que eras tú... y cuando menos no podrá incomodarse contigo—replicó Olga con sencillez.

Constantino no decía nada, estaba sufriendo un suplicio. En el semblante de Ariadna, Olga, en su inconsciente egoísmo no veía más que fatigas, pero Ladof adivinaba todas las desesperaciones de su alma.

—Lo probaré—dijo Ariadna con dulzura,—pero si fracaso, no hay que inculparme.

Se separó de ellos, volviendo al borde del acantilado.

—Mirad, ¿qué es eso?—dijo señalando una masa blanca, movediza, que se levantaba del mar como una humareda.

Los novios volvieron la cabeza, viendo todo el acantilado en una extensión de algunas leguas.

La bruma venía del norte, flotando en apariencia

con lentitud, pero en realidad con mucha rapidez. Se hubiera dicho que los vapores se elevaban de una caldera en ebullición, pero más densos, más compactos; la masa iba hacia ellos, aproximándose al acantilado, tapando y descubriendo á intervalos las sinuosidades de la costa, algunas veces penetraba en el interior, y cuando había pasado, copos de nube parecidos á la lana quedaban en los árboles de las granjas; una barca de cabotaje que estaba á poca distancia, envuelta por la nube, desapareció de los ojos de los espectadores, como si algún gigante la hubiese escamoteado, y la nube continuaba avanzando hacia la punta.

—¡Qué extraño es esto!—dijo Olga.—¿Es que la niebla va á venir aquí?

—Sin duda—repuso Constantino,—bajemos.

—No, no, quedémonos; quiero verlo de cerca.

Ariadna, siempre de pie sobre el acantilado, destacaba sobre el azul del cielo su silueta elegante y severa. Con las manos sobre el pecho, como para comprimir su sufrimiento, miraba el cielo, el mar, la nube, y se preguntaba por qué era todo tan grande, tan hermoso, tan poético; cuando un ser humano sufría una agonía más terrible que la de la muerte.

—¿Di, Ariadna, es posible que hayas perdido la voz?—preguntó Olga de repente.

—Sí—repuso la artista sin volver la cabeza.

—¡Prueba!

Ariadna inclinó la cabeza un poco hacia atrás y cantó una escala cromática como las que habían alborotado al instituto dos años antes.

La voz era tan pura, tan timbrada como antes;

pero se hubiera dicho que era un eco de la antigua voz; tanto se había debilitado.

—Canta ¡Oh, hijo mio!—dijo Olga.

Ariadna empezó á cantar, pero al cuarto compás se detuvo.

—¡Mirad la nube, ya está aquí!—dijo.

En efecto, de pronto la nube llegó sobre el acantilado, la claridad del día fué reemplazada por una luz pálida, como cuando se aplica sobre los cristales de una ventana una capa de amarillo; un frío húmedo caló las ropas de los paseantes.

—¡Uf!—dijo Olga,—esto es más bonito de lejos que de cerca.

—Así es la vida—pensó Ariadna.

—Vámonos—agregó Olga.

Los novios no se habían retirado, pero ya no veían á Ariadna, que estaba de pie solamente á algunos pasos de distancia.

—¡No hay que jugar con más!—exclamó Constantino.—No veríamos por donde íbamos, y con seguridad encontraríamos la muerte. ¡El mar nos rodea por tres lados!

—¡Que enojoso es esperarla! ¡Estoy helada!—dijo Olga con mal humor.

—Señorita Ariadna, no tontee usted—repitió Ladof.—Esa nube va á pasar, es cuestión de un momento; usted está muy cerca del borde. ¿Me oye usted?

—Sí—repuso Ariadna.

Su voz parecía venir de muy lejos.

La huérfana pensaba.

—Ya estoy demasiado en este mundo, y evidente-

mente, Olga ha sido puesta en mi camino para darme; ya he sufrido antes por ella, ¡hoy me quita el hombre que amaba! Soy un ser inútil... El arte me ha engañado... No puedo cantar más... ¿Qué será de mí?

Una idea supersticiosa se apoderó de ella.

—Ha llegado mi hora. Voy á conocer mi destino; si debo vivir, mi estrella me salvará; si debo morir...

No acabó la frase ni la idea. Dió dos ó tres pasos entre la opaca bruma, con las manos hacia adelante como para separar los obstáculos...

—¡Ariadna!—gritó Olga.

Nadie le respondió.

La bruma se iba aclarando; se veía ya una luz amarilla en el cielo indicando el lugar brillante del sol.

—¡Ariadna! — gritó Constantino con voz más fuerte.

La bruma se apartó de la tierra, ligera y suave, girando sobre sí misma; los dos jóvenes se pusieron en pie con rapidez; sus miradas se dirigieron hacia el lugar donde antes vieron destacarse la silueta de Ariadna sobre el cielo... Nada había allí...

Helado de horror, Constantino, arrastrándose sobre el musgo, llegó hasta el borde del acantilado.

—¿Dónde está!—gritó Olga queriendo seguirle.—Dónde está.

—¡Está muerta!—dijo Olga precipitándose sobre él.

Constantino retrocedió un poco, sentándose sobre la hierba y pasándose las manos por sus ojos extrañados y el cabello erizado, repuso:

—¡La hemos matado nosotros!

Bajó la marea. Cuando los jóvenes llegaron al hotel, cuando la princesa los vió volver solos, y los pescadores, movidos á compasión, dieron la vuelta al acantilado, entonces casi en seco, se halló el cadáver de Ariadna tendido sobre la losa grande de piedra blanca que había admirado. La ola compasiva, había recogido las ropas á su alrededor, y su semblante tenía esa sonrisa de dolor que con frecuencia se veía en sus labios hacía algún tiempo.

Una sola ojeada bastó á la princesa para conocer la catástrofe y el amor de su hija por Ladof. Todo lo confesó Olga sollozando.

—¿Vosotros creéis que es un accidente?—dijo con desprecio á los jóvenes,—¡yo os digo que la habéis matado vosotros! Mejor hubiese querido tener por hija á la que ha muerto que á esta niña egoísta y sin corazón que Dios me ha dado!

Sin embargo, toda madre perdona, y los dos amantes regresaron á Rusia algunos días después. Sus bodas se celebraron ostensiblemente.

Ariadna duerme en el pequeño cementerio de Etretat. Abandonada durante su vida, debía serlo también después de muerta. La princesa paga un jardinero para que cuide su magnífica tumba; pero no pone flores más que en la época de baños. ¿A qué cuidar en invierno una tumba que nadie visita?

Morini ha cobrado el precio de sus lecciones y ha jurado no tener más discípulas. Lloro siempre que le hablan de Ariadna.

—¡Una voz tan hermosa!—dice,—y con tanto ta-

lento! ; Una alma tan bella, pero no hecha para el teatro!

De vez en cuando, Ladof se acuerda de Ariadna. Es muy feliz con Olga; pero hay días que piensa que la muerta sabía amar mejor.

FIN

